



La Conciencia y el Yo

CONSCIOUSNESS AND THE SELF

Fundación Universitaria Católica - UNICATÓLICA

Juan Carlos Vélez

Docente Orientador del Semillero Kinaima. Programa de psicología

jvelez@unicatolica.edu.co

Resumen

En este breve escrito se hará un repaso por las principales categorías de análisis que giran en torno al problema de la conciencia. Para ello se describe a grosso modo las principales teorías y aportes para que haya un acercamiento panorámico de este interesante problema que se encuentra a medio camino entre la filosofía y la psicología. En segundo lugar, se hará un repaso por la caracterización del yo como problema filosófico y psicológico.

Palabras clave: conciencia, filosofía de la mente, psicología, subjetividad, yo, tres mundos.

Abstract

This brief essay reviews the main categories of analysis that revolve around the problem of consciousness. To this end, it broadly describes the main theories and contributions to provide a comprehensive overview of this interesting problem, which lies halfway between philosophy and psychology. Secondly, it reviews the characterization of the self as a philosophical and psychological problem.

Keywords: consciousness, philosophy of mind, psychology, subjectivity, self, three worlds.

¹Docente Orientador del Semillero Kinaima. Programa de psicología. UNICATÓLICA

El problema de la conciencia

Hay un acuerdo unánime en cuanto a que el estudio de la conciencia cada vez seduce más a las mentes más brillantes del planeta. La explicación objetiva de aquello que a todas luces se aparece como lo más subjetivo que existe, a saber, la actividad consciente, es una tarea apasionante en la que se han involucrado neurocientíficos, lingüistas, filósofos, físicos, biólogos, hasta matemáticos, anestesiólogos, etc. La comprensión de los mecanismos que subyacen a la vida mental ha dado pasos gigantescos desde la época de Aristóteles. Sin embargo, la multitud de acercamientos ha resultado ser incompleta en la medida en que, al intentar explicar la experiencia subjetiva, se ha dejado de lado el papel que cumplen los procesos emocionales. Afortunadamente, algunos autores, principalmente Antonio Damasio, han venido sosteniendo que no hay experiencia consciente que en un principio no haya sido afectiva. En efecto, la experiencia que tenemos cuando interactuamos con el mundo se reviste de juicios de valor debido a que son la supervivencia y la adaptación las que determinan qué tipo de información es realmente significativa. Hay motivos darwinianos para ello.

Si toda experiencia es emocional, los procesos afectivos son la llave que abre la explicación científica de la conciencia. El trazado de mapas, rutas y redes neuronales implicadas en el procesamiento de la información, así como la postulación de los mecanismos que tienen que ver con la percepción, detección de estímulos y el pensamiento, no logran aún dar cuenta de la complejidad de la formación de imágenes mentales conscientes. Si los mecanismos instintivos, irracionales e inconscientes eran la impronta de la vida mental de los animales, en los seres humanos, por el contrario, la racionalidad, la reflexión, el libre albedrío, el cálculo eran su rasgo más sobresaliente. Detrás de esta distinción se trazó el derrotero conceptual de la conciencia. Y esto a la luz de lo que se sabe actualmente es un craso error.

El mérito de Antonio Damasio, Kathinka Evers, Rodolfo Llinás, José Luis Díaz, Diego León, Daniel Dennett, Stanislas Dehaene, etc., es llamar la atención hacia la idea de que los matices afectivos y emocionales caracterizan nuestro actuar en el mundo. La experiencia consciente es el problema duro al que se refiere David Chalmers y está relacionado con la postura que defiende Thomas Nagel en su artículo “¿Qué se siente ser un murciélago?”. Es decir, la experiencia consciente es “algo que es ser un organismo consciente”, y es refractario a las explicaciones funcionalistas y materialistas en tercera persona. Hay que notar que, para hacer modelos de la percepción, la memoria, el lenguaje y el razonamiento no es necesario involucrar las emociones. Damasio en su libro de 1999 “Sentir lo que pasa” establece una distinción entre dos tipos de conciencia, a saber, la conciencia nuclear que versa sobre los estados internos de los organismos, de su sistema musculoesquelético, y genera informes sobre las necesidades fundamentales metabólicas; no requiere de lenguaje ni de reflexión y es compartida por los mamíferos en general, y por muchas clases de animales. También está la memoria ampliada que abarca rasgos como la memoria, el lenguaje y las estrategias de razonamiento.

Existe una estrecha relación entre la conciencia nuclear y las emociones, así como con el problema duro del que habla Chalmers, pues es la emoción la que permite evaluar el mundo y determinar el sentimiento de lo que ocurre. Sentir los estados del organismo, sentir las afecciones del objeto en el organismo es lo que permite la asignación de valor; esa es la sensación del yo, es decir, el aspecto o contorno subjetivo de percibir el mundo de una manera específica. Pero ¿qué son las emociones? Aguado (2002), citado por León (2007), dice que éstas son “estados del organismo generados como respuesta a situaciones relevantes en relación con la supervivencia y la reproducción, como pueden ser el ataque y la defensa, el apareamiento y el cuidado de la prole”; esta es una perspectiva adaptativa que abarca a casi todos los animales, incluyendo a los seres humanos. En consecuencia, las funciones biológicas están acompañadas por las valoraciones; las reacciones afectivas dan sentido a la vida. Las acciones humanas están vinculadas estrechamente al significado y las cosas se nos presentan como placenteras, molestas o cómodas. Las emociones y los afectos no deben considerarse como una experiencia subjetiva más. Los estudios recientes reclaman la estrecha relación entre la experiencia subjetiva y la expresión de las emociones para explicar los cambios en la experiencia consciente.

El problema radica fundamentalmente en que la experiencia subjetiva no es posible reducirla a procesamiento de información o a activación de redes neuronales. No hay formas objetivas de saber qué es lo que siente una persona cuando experimenta algo. Lo verdaderamente interesante es la conexión que puede haber entre la experiencia subjetiva consciente y los estados neuropsicológicos.

Así, por ejemplo, para Llinás la acción es el origen de la conciencia y la subjetividad. El cerebro es la internalización del movimiento. Llinás incluye también en su reflexión sobre la conciencia a las emociones. Éstas son definidas como “patrones de acción fijos” cuya ejecución no es motora sino premotora. Pueden ser tomados como impulso o freno de la acción, así como una manera de señalización social de la intencionalidad. Es decir, los estados emocionales son disparadores de la acción. Los PAF también expresan emociones faciales y dejan ver la motivación, o bien una exclamación.

Llinás se pregunta si el dolor es una emoción, y dice que el dolor es generado por el cerebro y no un evento que ocurra en un sitio particular del cuerpo. En consecuencia, las sensaciones, aunque son producto del sistema nervioso que se filtran a la conciencia, su naturaleza intrínseca les permite activarse en ausencia de estímulos, como cuando soñamos. En el sueño se experimentan sensaciones; aún éstas no llegan por las vías de la vigilia.

Experimento mental: “¿Qué pasaría si el panel de control de un moderno jet de combate, en vez de los complejos instrumentos, tuviera una cara cuya expresión continuamente le indicará al piloto el estado de las cosas? En pleno fragor de la batalla, el piloto no puede estar mirando y evaluando cada instrumento. La cara que le sonríe y quiere decir: ¡Haga lo que tiene que hacer! ¡No se preocupe por las condiciones del avión que todo está bien! En este caso, el piloto necesita un aparato que dirija su foco y escoja –¡y ésta es la conciencia! La cara transforma toda la información de entrada en un solo evento coherente. Como es más fácil operar con base en un solo evento, este mecanismo resulta mucho más poderoso que el que evalúa continuamente conjuntos de variables en permanente cambio con control también en permanente cambio. Por esto no hay sino un solo sistema de predicción y, por ende, la conciencia” (p. 220).

Para Watt, la emoción, junto con la función ejecutiva y atencional, es uno de los procesos fundamentales que constituyen la conciencia. Para Watt, la conciencia requiere emoción. La teoría de Watt descansa sobre cinco tipos de evidencia: descriptiva-fenomenológica, funcional, correlatos y arquitectura neuronal, neurodesarrollo y síndromes clínicos. Con esta evidencia, él pretende poner de manifiesto la relación entre emoción y conciencia, en la que emoción potencialmente qualia es también protoqualia, es decir, antecede a todo qualia o experiencia consciente. Su papel no se limita a la construcción de la experiencia; se extiende a la organización y coherencia de los contenidos e informaciones mantenidas por el organismo dentro de una unidad continua en el tiempo denominada yo ("self").

Indagar por el status ontológico del yo ha sido uno de los desafíos más recientes en la filosofía de la mente. El yo, al igual que la conciencia, es lo más evidente y familiar, y simultáneamente lo más difícil de explicar y definir. Parafraseando a Sn. Agustín podríamos decir del yo que cuando no me preguntan no sé qué es, pero no lo sé cuando me lo preguntan. ¿De qué están hechos los yoes? ¿Dónde está ubicado? ¿Es una abstracción metafísica? ¿Es producto de la imaginación? Desde la perspectiva de la evolución biológica, Dennett y Popper afirman que el yo no es posible sin lenguaje. A continuación, presentaremos los ejes conceptuales de ambos autores y veremos cuán relacionados están.

Para Dennett, el yo es el invento más reciente de la madre naturaleza. Al igual que el lenguaje, hubo un tiempo en que no había yos, al menos no en el sentido planteado por los autores, puesto que se podría indagar por un yo biológico como el esbozado por Damasio o por un yo dinámico desde la perspectiva del psicoanálisis. El yo como fenotipo ampliado es una idea planteada por Dennett, pero que tiene su origen en Dawkins.

El fenotipo ampliado, comenta Dawkins, es un mecanismo que tienen los genes para asegurar su continuidad en las generaciones venideras. La noción de fenotipo se utiliza para designar la manifestación física de los genes, en otras palabras, los efectos que tienen los genes sobre el cuerpo. Un efecto fenotípico es el color verde de los ojos. No obstante, la selección natural favorece algunos genes por sus efectos fenotípicos aptos para la sobrevivencia del organismo, aunque en algunos casos no cumple ningún rol funcional. Pensemos, por ejemplo, en la aversión que experimentamos hacia algunos alimentos como las espinacas o la coliflor. Sin embargo, la tesis fundamental de Dawkins es que los efectos fenotípicos de un gen no tienen que ver solamente con el cuerpo, sino con el mundo exterior (y a partir de ahí con el mundo interior, como dirá Dennett). Para explicar esta tesis, Dawkins expone algunos ejemplos tomados de la etología y la genética, a saber:

Los tricópteros son una especie de insecto pequeño que, cuando se encuentra en estado larvario, habita el fondo de los ríos. En ese medio acuático, lo que hacen es construir una cápsula alargada con pequeñas piedras que consiguen del fondo del agua. Estas piedras son escogidas cuidadosamente por la larva de tal forma que encajen entre sí, rechazando las que son muy grandes o muy pequeñas. Los biólogos dicen que la construcción de estas cápsulas como medio de protección tuvo que estar favorecida por la selección natural al ofrecer a la especie ventajas para sobrevivir. Sin embargo, lo que Dawkins añade es que tiene que haber genes destinados para el tamaño y la forma de tales piedritas y para realizar la cápsula en que vivirán, de la misma forma en que hay genes para el color de los ojos. La idea de fondo es que, aun cuando estas piedras no están vivas, los genes del tricóptero se extienden e influyen sobre éstas. Así, la dureza, el tamaño y la forma de las piedras utilizadas para fabricar su cápsula son un ejemplo de fenotipo ampliado.

El fenotipo ampliado no solo tiene que ver con objetos inanimados como el ejemplo del tricóptero, sino que puede extenderse hacia otros organismos. Dawkins comenta que existe otro organismo, un parásito microscópico del género *Nosema* que infecta las larvas de los escarabajos de la harina. Estos escarabajos producen una hormona que estimula toda su fase larvaria, pero cuando la dejan de producir, estimula su cambio al estado adulto, y de paso, hace que se detenga su crecimiento. Lo que hace el parásito *Nosema* es producir por sí mismo un análogo químico de la hormona del escarabajo para que cuando éste deje de producirla, sea reemplazada por la del *Nosema* y así siga estimulando su crecimiento, lo cual lo convierte en una enorme fuente de alimento. Así el gigantismo de estas larvas es un efecto del fenotipo ampliado de los genes del *Nosema*.

Se observa que la noción de fenotipo ampliado que propone Dawkins va más allá de los límites de la naturaleza de los organismos. Las reflexiones de Dennett apuntan a que, así como una araña teje su tela, el tricóptero fabrica su cápsula o el *Nosema* cultiva su fuente de alimento, el *homo sapiens* produce, teje, cultiva o fabrica su YO a partir de palabras. El yo es un producto de su fenotipo ampliado, del efecto de nuestros genes, y los elementos que lo constituyen son las palabras, ideas o memes que en parte han sido diseñados por otros; por tanto, tiene que ver con el mundo exterior. El yo forma parte de un tejido de discursos que se extiende como un producto biológico, no consciente, al igual que las construcciones del tricóptero.

Sin embargo, hay una diferencia sustancial. La cápsula que construye el tricóptero y el yo que construyó el *homo sapiens* difieren en que, aunque ambas son en cierto sentido preconfiguradas genéticamente, la construcción del tricóptero no tiene la función de representarse ante los demás o a sí mismo como poseedor de cápsula, mientras que el hombre utiliza el lenguaje para representar a los demás y a sí mismo como poseedor de un yo. Cuando me presento a los demás, lo que hace que éstos me perciban como algo con un yo es el flujo narrativo que sale de mí, o que leen de mí. Por esto, para Dennett, el yo es un centro de gravedad narrativa cuya función es la de autocontrolarnos, autoprotegernos, autodefinirnos en un medio que, además de estar hecho de cosas dañinas o provechosas, está hecho de palabras, de lenguaje. El hombre ingiere palabras y excreta flujos de narraciones que le protegen. No obstante, Dennett enfatiza que tales flujos de narraciones no los creamos, sino que nos crean; crean nuestro yo al seleccionar qué tipo de narración contamos a los demás o nos contamos a nosotros mismos. Y como toda secuencia narrativa surge de una misma fuente, no existe como tal en el cerebro, sino más bien es una abstracción, una ficción teórica útil que funciona como atractor de palabras y narraciones. El yo ontológicamente es una reificación sobre un trasfondo de narraciones. Vemos entonces que el profesor de Tufts ofrece una versión del yo que opera como rol funcional, una postulación útil, más no hay nada de inefable o metafísico en ello.

Líneas atrás habíamos dicho que Karl Popper propone, en el sentido epistémico, un mundo compuesto por los productos de la mente al que podríamos denominar cultura y esencialmente lenguaje. Debemos señalar que, para Popper, aunque el yo dependa del lenguaje y este a su vez del mundo 3. Esto no significa que se tenga que pensar en una jerarquía, sino más bien que el yo, el lenguaje y el mundo 3 se han desarrollado conjuntamente; y más concretamente, el yo evoluciona junto a las funciones descriptiva y argumentadora del lenguaje. En su libro titulado "El cuerpo y la mente" de 1994, postula 5 hipótesis sobre la naturaleza del yo.

- El yo es un grado de conciencia elevado o pleno respecto a la conciencia de los animales. En los animales, la conciencia tiene que ver con situaciones estimulantes concretas como el hambre o el temor (yo biológico). En el hombre, el yo está anclado en el lenguaje y en las teorías. Si las teorías y las ideas se encuentran en el mundo 3, igual le pasa al yo.

- El yo es posible porque, mediante las ideas o teorías del mundo 3, como la idea del espacio, el tiempo, los cuerpos, la vigilia o el sueño, el yo se auto representa como algo externo, objetivado, o en tercera persona, es decir, el yo resulta de vernos a nosotros mismos objetivamente en tanto utilizamos para ello el lenguaje descriptivo.
- Aunque gran parte de los movimientos que aprendemos y realizamos los realizamos de manera no consciente, el yo permite dirigir y controlar esos movimientos y generar así comportamiento.
- El yo, al depender del mundo 3, obliga a hablar de una relación de retroalimentación o correlación entre ambos en el sentido de que las ideas y teorías pueden ser modificadas por el yo, pero a su vez, éste es modificado por ellas. Una idea o teoría puede literalmente cambiarnos.
- He aquí uno de los puntos más controversiales que expone Popper, y es que el yo y el cerebro interactúan en un lugar físico, localizable, que no es otro que el centro del habla. Para sostener esta idea, Popper se basa en los experimentos de cerebro dividido de Michael Gazzaniga.

No obstante, tener un yo es tener un sentido de localización espacio - temporal, es tener razones por las cuales justificamos el hecho de encontrarnos en tal o cual lugar, lo que implica una memoria que nos informe: ¿Dónde estoy? O ¿cómo llegué aquí? Además, esta memoria, al estar dirigida hacia el futuro, nos permite recordar lo que queremos ser, las metas que esperamos cumplir, incluso el hecho de ser conscientes de que vamos a morir.

Por último, para el filósofo de Viena, el yo es aquello que permite hilar la constancia y la continuidad de nuestros cuerpos, identificándose aún a medida que se presentan cambios graduales o sustanciales. Igualmente, permite también que recordemos quiénes somos cada vez que nos levantamos en la mañana. No obstante, como todo depende del lenguaje descriptivo, Popper advierte que el yo evoluciona junto a éste y no es posible en etapas muy tempranas del desarrollo del niño, puesto que las funciones argumentativa y descriptiva, recordemos, son funciones superiores del lenguaje. Sin embargo, ¿no se puede pensar en un yo anclado en las funciones comunicativas y expresivas? ¿Cómo se relacionan el yo y la conciencia? ¿Existe un yo como un self fenomenológico, al igual que una conciencia fenomenológica, o incluso un proto-yo y una proto-conciencia? Estas preguntas deberán ser respondidas en otro momento.

Referencias

- Damasio, A. (2010). Y el cerebro creó al hombre: ¿Cómo pudo el cerebro generar emociones, sentimientos, ideas y el yo? (F. Meler Orti, Trad.). Editorial Imago Mundi.
- Dawkins, R. (1993). El gen egoísta: Las bases biológicas de la conducta (J. Robles Suárez, Trad.). Ed. Salvat.
- Dehaene, S. (2015). La conciencia en el cerebro: Descifrando el enigma de cómo el cerebro elabora nuestros pensamientos (M. J. D' Alessio, Trad.). Ed. Siglo XXI.
- Dennett, D. (2017). De las bacterias a Bach: La evolución de la mente (M. Figueras, Trad.). Editorial Pasado & Presente.
- Díaz, J. L. (2007). La conciencia viviente. Fondo de Cultura Económica.
- Gazzaniga, M. (2012). ¿Quién manda aquí? El libre albedrío y la ciencia del cerebro (M. Pino Moreno, Trad.). Ed. Paidós Transiciones.
- Llinás, R. (2017). El cerebro y el mito del yo: El papel de las neuronas en el pensamiento y el comportamiento humanos (E. Guzmán, Trad.). El Peregrino Ediciones.
- Popper, K. (1997). El cuerpo y la mente: Escritos inéditos acerca del conocimiento y el problema cuerpo-mente (O. Domínguez Scheidereiter, Trad.). Ediciones Paidós Pensamiento Contemporáneo.

PODCAST



LA CONCIENCIA Y EL YO

Juan Carlos Vélez

Docente Orientador del Semillero Kinaima. Programa de psicología

jvelez@unicatolica.edu.co